

Duelo de gigantes en Asia

Por el lado chino, manifestaciones –fomentadas tal vez desde el Gobierno– contra unos manuales de Historia japoneses que minimizan los crímenes cometidos en el continente por sus ejércitos a lo largo de casi toda la primera mitad del siglo pasado. Por el lado japonés, protestas contra los daños causados a intereses nipones y, más tarde, presentación de excusas no muy convincentes por los terribles acontecimientos del pasado. ¿Eso es todo? ¿O tras este primer plano de actualidad que nos han transmitido los medios se esconden estrategias de mayor alcance? La respuesta se encuentra en las nuevas ambiciones de estas dos grandes potencias asiáticas.

Los dos gigantes

China es actualmente una de las principales locomotoras de la economía mundial. Las grandes orientaciones de su economía están pesando ya sobre el mundo entero. Su voracidad de materias primas –sobre todo, de petróleo (es el segundo consumidor mundial de

bruto)— se ha hecho sentir en la subida general del precio de los carburantes. Un cuarto de siglo de crecimiento chino a un ritmo medio del 9% no podía menos de tener una repercusión global. Más recientemente, tras la supresión, en enero pasado, de las cuotas a la importación de textiles, el mundo entero asiste consternado a la invasión de productos chinos en este sector (del que ya controla el 62% del mercado mundial). Como consecuencia, su moneda, el *yuan*, es cada vez más fuerte, aunque China se niega a reevaluarlo y lo deja flotar para no verse afectada en mayor medida por la devaluación del dólar, ya que está financiando buena parte del déficit fiscal estadounidense a través de la compra de bonos del Tesoro en dólares que se devalúan. China es el primer país receptor de inversión extranjera y el tercer exportador mundial. Si es cierto que el poder económico y el demográfico terminan produciendo una gran potencia, China está en camino de llegar a serlo, si no lo es ya. La reducción (esperada y temida) de su gran crecimiento económico repercutirá, una vez más, en el mundo entero.

Japón, por su parte, ha sido la potencia dominante de Asia desde 1945 hasta el año 2000. Hoy es la primera economía de Asia y la segunda del mundo. 16.000 empresas niponas están ya implantadas en China. Su posición como segundo contribuyente de la ONU y su relativamente fuerte participación en la ayuda al desarrollo constituyen dos bazas políticas importantes en este momento en el que se ha presentado como firme candidato a convertirse en miembro permanente del proyectado Consejo de Seguridad ampliado.

Para Japón, China es su principal mercado. El comercio chino-japonés creció un 26% en 2004. Desde el punto de vista político, la contribución china al progreso y estabilidad de Asia es ya superior a la de Japón, aunque, en conjunto, la balanza entre los dos gigantes, por ahora, se encuentra equilibrada, con una perspectiva a medio y largo plazo favorable a la potencia continental, según la mayoría de observadores. Desde el punto de vista económico, se da una dependencia mutua entre las dos potencias orientales, mayor aún por parte del país del sol naciente (125 millones de habitantes) ante la disyuntiva que se le ofrece

de ganar o perder un mercado de 1.200 millones de clientes potenciales. China necesita los capitales y la tecnología de sus vecinos del Este, mientras que los fabricantes japoneses dependen de la mano de obra barata que encuentran en el cercano Oeste.

Al mismo tiempo, el actual gobierno nipón está acentuando su nacionalismo y dejando a un lado las restricciones impuestas por la Constitución pacifista de la posguerra. Para ello cuenta con el apoyo de los EE UU, que lo alientan a aumentar su potencial militar. El primer ministro, Junichiro Koizumi, ha introducido la costumbre de visitar, al menos una vez al año, el polémico santuario *Yasukuni*, monumento al militarismo imperial japonés, en el que están enterrados catorce criminales de guerra. Machimura, el titular de Exteriores, es acérrimo defensor de la independencia de Taiwán y, al unísono con Estados Unidos, ha declarado a esta isla «objetivo estratégico de seguridad» (sin embargo, la reciente visita a Pekín del líder del nacionalista *Kuomintang* –principal partido de oposición en Taiwán– para manifestar allí su pleno acuerdo con el principio de «una sola China», puede cambiar por completo los datos de este problema).

En consonancia con estos nuevos aires políticos, el gobierno metropolitano de Tokio estableció hace dos años, para los profesores de instituto, la obligación de cantar el himno *Kimigayo*, so pena de sanción. De hecho, unos 200 profesores de izquierdas fueron castigados con «sesiones de reeducación». Esta política de incentivación de los sentimientos patrióticos alcanzó tales cotas que el mismo emperador, Akihito, se vio obligado a intervenir para pedir respeto a los sentimientos personales. Fue en este contexto en el que se produjo el nuevo conflicto provocado por los manuales de Historia japoneses.

Unos manuales de Historia negacionistas

Los historiadores no asiáticos consideran, en general, probado que, en el transcurso de las dos guerras colonialistas que Japón llevó a cabo en territorio chino durante la primera mitad del siglo pasado (la primera

dio comienzo, exactamente, en 1894 y la segunda en 1937), perdieron la vida entre 23 y 35 millones de chinos, el ejército japonés utilizó armas bacteriológicas, decenas de miles de chinos murieron decapitados, despellejados vivos, viviseccionados, utilizados como cobayas humanas en pruebas de armas químicas y bacteriológicas, cientos de miles de mujeres fueron empleadas como esclavas sexuales de los soldados nipones, se cometieron centenares de miles de violaciones...

Todo este pasado tan doloroso para los chinos es ahora minimizado en mayor medida que en décadas anteriores, cuando no es silenciado, por los ocho manuales de Historia para alumnos de 13 a 15 años que fueron publicados en 2001, hasta el punto de que presentan al Japón colonialista como país liberador más que como potencia invasora. El gobierno de Koizumi avaló una última revisión de los manuales realizada este mismo año, aunque no impuso la obligación de emplearlos.

Las manifestaciones provocadas en China por estos libros de texto fueron las más multitudinarias contra un país extranjero desde las que tuvieron lugar en 1999 contra los Estados Unidos por el bombardeo de la embajada china de Belgrado. A pesar de la presencia masiva de fuerzas del orden (cuya misión principal es impedir que las manifestaciones deriven en protestas contra la corrupción, las desigualdades sociales o la falta de democracia interna), se lanzaron objetos contra la embajada japonesa, se atacaron restaurantes y fueron apaleados estudiantes del mismo país. Habitualmente, Pekín prohíbe toda clase de manifestaciones. Éstas, además de responder a un sentimiento mayoritario en la población, servían también para desviar la atención ciudadana de los gravísimos problemas sociales del país.

La peor crisis desde 1972

Sin embargo las manifestaciones no eran más que la punta del iceberg del pésimo estado de las relaciones actuales entre los dos grandes vecinos. A juicio de los observadores, ésta es la crisis más grave en las relaciones bilaterales chino-niponas desde el restablecimiento de sus

lazos diplomáticos en 1972. A pesar de sus intensas relaciones comerciales, en los últimos cinco años no ha habido visitas de Estado entre los dos vecinos: solamente encuentros ocasionales con motivo de una conferencia internacional o viajes de ministros, como el que efectuó el titular de Exteriores nipón a China, a mediados de abril pasado para exigir indemnizaciones por los daños y perjuicios causados por los manifestantes.

Finalmente, aunque tardaron en reaccionar, las autoridades japonesas acabaron pidiendo disculpas. Por primera vez en diez años, un primer ministro japonés expresó el 22 de abril su «profundo remordimiento» y presentó «excusas de corazón» por los «tremendos daños y sufrimientos» ocasionados a los pueblos de Asia. Sin embargo esta demanda de perdón no revistió los caracteres históricos que le otorgaron muchos titulares de la prensa occidental. En primer lugar, ni siquiera se nombró a China como país perjudicado (como tampoco a Corea, Indonesia o Filipinas). Koizumi utilizó palabras de su antecesor en el cargo Tomiichi Murayama, lo cual restó espontaneidad a su gesto. Peor aún, al mismo tiempo, 168 diputados japoneses visitaban, entre otras, las tumbas de los catorce criminales de guerra.

Por otro lado, no era la primera vez que Japón «pedía perdón»: lo había hecho otras diecisiete veces, siempre con la misma ambigüedad, desde la primera vez, en 1972, con motivo de la restauración de sus relaciones diplomáticas. En aquella fecha histórica, el primer ministro K. Tanaka le expresó a su homólogo chino su «disgusto» (*meiwaku*) y Zhu En-lai le respondió airado que *meiwaku* es lo que uno dice cuando vierte el té sobre el vestido de una señora. Entonces, como también ahora, Japón se niega a hacer un gesto inequívoco de arrepentimiento.

Este año, la ocasión escogida fue la reunión en Yakarta de una conferencia afroasiática de cincuenta jefes de Estado y de Gobierno para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la Conferencia de Bandung (Indonesia)¹, una ocasión que el mandatario nipón no podía

¹ La Conferencia de Bandung (18-24 de abril 1955) reunió a los líderes de 29 Estados y 30 movimientos de liberación nacional, que, de una u otra forma, representaban a casi

dejar pasar sin intentar marcar puntos con vistas al puesto permanente en el Consejo de Seguridad. El gesto de Koizumi ante la asamblea plenaria de la conferencia permitió al presidente chino Hu Jintao, celebrar, el día siguiente, en la capital indonesia, una reunión bilateral con el primer ministro japonés, en un clima calificado de «franco», reunión en la que únicamente se acordó elaborar un plan de acción conjunto para superar las diferencias bilaterales. Hu pidió además a Koizumi que retire su apoyo a la independencia de Taiwán.

Un momento decisivo

El afer de los manuales de Historia se ha producido en un momento en que tiene lugar un nuevo reparto de cartas políticas en el contexto asiático y mundial. Si no hubiera otro problema que el de los manuales, China y Japón podrían resolverlo, como lo hicieron Francia y Alemania, nombrando una comisión para supervisarlos. Pero haría falta, además, que los impulsara un fuerte interés común. Hoy por hoy, sus intereses los empujan en sentido contrario: en el sentido de sus respectivos nacionalismos. Cabe prever, por tanto, que ambas potencias sigan lastradas por los problemas del pasado, ya que «toda historia es historia contemporánea».

Nuevos enfrentamientos se añaden hoy a los del pasado. Estas dos grandes potencias, casi enteramente desprovistas de recursos naturales, se disputan el archipiélago deshabitado de *Senkaku*, en el mar de China, una zona rica en pesca y en la que se han descubierto importantes yacimientos de hidrocarburos. Pekín inició las perforaciones en 2003, y Japón ha anunciado recientemente que ya ha abierto el proceso de concesión de los derechos de exploración en la zona.

las dos terceras partes de la humanidad, a lo que, a partir de entonces, empezó a llamarse el «Tercer Mundo». Zhu Enlai, en aquel momento primer ministro chino, triunfó allí como líder indiscutible de una Conferencia que, a pesar de su pobre contenido ideológico o estratégico —muchos países pertenecían al bloque comunista o al capitalista—, marcó una nueva aurora para los pueblos sometidos y una nueva relación con los poderosos: oposición abierta a Washington, relegación en la sombra de Moscú, duros ataques a las potencias coloniales y nuevo liderazgo de Pekín.

Por otra parte, en vísperas de la Asamblea General de la ONU, está en el aire el nuevo puesto permanente en el Consejo de Seguridad al que aspira Japón, apoyado por los EE UU, mientras que China apoya a la India. Estos dos colosos demográficos del continente han llevado a cabo un giro total en sus relaciones: de la guerra de fronteras de los años 60 han pasado a estrechar sus relaciones comerciales; el comercio entre India y China ha aumentado desde los 77 millones de euros de 1994 a los 11.000 millones del año pasado.

La alianza entre Japón y los EE UU forma parte de una estrategia de cerco a China, que se dibuja ya como la gran amenaza estratégica a largo plazo para la superpotencia norteamericana. El primer paso de dicha alianza fue el comunicado conjunto, firmado en febrero pasado, en el que fijan como *«objetivo estratégico común la solución pacífica de los problemas relativos al estrecho de Formosa»*. Toda una declaración histórica, puesto que en ella Japón abandona oficialmente su neutralidad respecto a Taiwán.

Las restantes piezas del cerco a China, además del nuevo Japón armamentista, son las nuevas bases militares de los EE UU en Kirguizistán, Tayikistán, Afganistán y Uzbekistán, y el refuerzo de sus lazos militares con Sri Lanka, Malasia, Singapur, Tailandia e incluso India. Aunque, por otra parte, la superpotencia norteamericana sigue necesitando la mediación de China en las difíciles negociaciones con Corea del Norte para convencerla de que renuncie a su armamento nuclear.

En todos estos movimientos estratégicos, así como en las escaramuzas a propósito de los manuales de Historia, está en juego el liderazgo en el continente asiático e incluso a escala mundial. La nueva China infunde respeto. A los japoneses, verdadero miedo. Shoichi Nakagawa, ministro de comercio, lo declaró sin tapujos con ocasión de las recientes manifestaciones antijaponesas de sus vecinos: *«China es un país que da miedo»*. Y ello, a pesar de que, por el momento el poderío militar chino se mantiene dentro de unos límites modestos. Con el 12% de incremento anunciado para su presupuesto de defensa, alcanzará este año los 30.000 millones de dólares, una cantidad que queda a gran distancia de los 400.000 millones del presupuesto militar de los Estados Unidos. ■